

RELIGIÓN Y PATRIA

Fundado en el año 1.906

Gijón, febrero de 1958

Núm. 1068

PERIODICO MENSUAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Fundador JUAN ORTEA FERNANDEZ

Precio de suscripción

Cada 5 números mensuales,
pesetas 1,50 al mes

"Este precepto os doy: amaos los unos a los otros como yo os he amado".

(Jesucristo a sus discípulos).

Dirección y Administración:

Muralla, 7- 1.º Telf. 3988

GIJÓN

Chuchi, Polín y el Diablo

CHUCHI Encinares entró en su cuarto dando un fuerte portazo, que hizo temblar los tabiques bajo sus batas de floridas cretonas. Acto seguido tiró a lo alto de un armario una raqueta de «tennis» que traía en la mano. Inmediatamente arrojó al mismo tiempo un bolso, su sombrilla, sus zapatos y su perro de lanas. Luego se hundió de golpe en un butacón y comenzó a hojear un gran «Paríso perdido», en folio, con dibujos de Gustavo Doré, que tenía sobre una mesa. Es lo que hacía siempre Chuchi Encinares cuando su mal humor y su aburrimiento llegaban al límite.

Era intolerable, en efecto, lo que le ocurría: Polito Maqueda la había dejado plantada por tercera vez en la semana. Se habían citado en el «tennis», a las cinco. Ella había llegado puntualmente a las seis y diez. Polito se había marchado ya. Pero no sólo se había marchado, sino que había agravado su «plante» con una burla cruel. Le había dejado dicho al conserje que le dijese a Chuchi que se había ido porque «tenía que hacer». Esto era lo intolerable. Si le hubiesen dicho que tenía citados a unos amigos en el Círculo o que tenía que probar un «auto» nuevo o que tenía que ir al cine, todavía... Pero, vamos, decírla a ella Polito Maqueda que «tenía que hacer», ¡era demasiada burla!

Y, de pronto, Chuchi cortó sus rabiosas consideraciones ante una de las láminas de Gustavo Doré que iba pasando inadvertidamente. Sus ojos, brillantes de cólera y de «rimmel», se clavaron con insistencia en la figura del demonio con rabo, cuernos y alas de murciélago. Recordó haber leído viejas historias de damas que invocaban a Satanás para que atrajese a sus galanes olvidadizos. Todo esto era un poco cursi; pero no dejaba de ser original. Si ella lograra...

Y Chuchi Encinares hundió su cabeza loca entre las manos finas, terminadas por diez uñas rojas como puntas de estoques después de varios intentos de descabello. En esa posición, Chuchi pronunció varias palabras incon-

gruentes y anhelosas. No habían transcurrido dos minutos, cuando sonaron tres golpes secos en la puerta del cuarto: tac, tac, tac.

Chuchi se estremeció con una ligera sacudida. Enseguida, instintivamente, sacó un espejito y un lápiz rojo y se pintó los labios. Luego compuso su mejor sonrisa:

—Adelante...

Y entró un caballero de mediana edad, vestido de gris. ¿Podría ser aquel...? Imposible. Parecía un apoderado de novillero de segundo orden o un revisor de ferrocarril, en domingo, cuando se quitan, para pasear, el uniforme. El traje, holgón y desgarrado, le hacía arrugas por todas partes. Llevaba en el bolsillo un pañuelo de seda azul, y en el chaleco, una desusada cadena de oro. Entre sus manos, enguantadas de gamuza amarilla, le daba vueltas a un sombrero hongo. Se veía que estaba azoradísimo.

Chuchi, un poco perpleja, le rogó que tomara asiento. Alargó su pitillera de oro:

—¿Inglés o egipcio?

El contestó con solemnidad.

—De todas partes y de todos los tiempos.

—Chuchi le miro, vacilante. Replicó:

—No, si no le preguntaba su procedencia. Le daba a escoger un cigarrillo.

—¡Ah, perdón!

Y cogió un egipcio con la mano temblona y azorada. Apretó su encendedor y se lo alargó. El indicó con un gesto que no le hacía falta. Y seguidamente acercó la punta del cigarrillo a su boca, exhaló un soplo de aliento y el cigarrillo quedó encendido. Al mismo tiempo Chuchi había advertido, en sus ojos verdes, un rápido tornasol amarillo. Entonces Chuchi insinuó:

—Luego usted es...

—Sí.

—Pues, la verdad, no le hubiera reconocido. Usted perdone: El se puso encarnado como una novicia sorprendida en el momento de mojar el dedo en un plato de crema. Se disculpó,

—¿Qué?, ¿que no resultaba bien el trajecito y el pañuelo? ¡Claro! ¡Ya se lo decía yo a Jiménez!

—¿A quién?

A Jiménez: es un contratista de carreteras que acababa de llegar al infierno cuando usted me llamó. Casi todos los contratistas de carreteras van al infierno, ¿sabe usted? Le pedí un traje prestado, y me dió éste. Ya temía yo que venía hecho una «facha». Usted perdone, pero es que como hace tanto tiempo que nadie me invoca y me llama, me cogió desprevenido. En mi guardarropa de trajes para apariciones todo es viejo y anacrónico; todo es de la época en que la gente me invocaba: calzas, golas, ferreruelos...

¡Un guardarropa de «bajo» de ópera! Como desde los tiempos de Fausto apenas me llama nadie, no me había cuidado de hacerme ropa nueva. Y la verdad, no me atreví a presentarme con el traje acuchillado y la plumita tiesa en la cabeza. ¡Jel!

—Entonces ya no lo llaman a usted a la tierra...

—No, señorita; ya no hago falta. Los hombres ahora pecan ellos solos, sin necesidad de mis consejos. Y lo han aprendido todo. Además, ya no hay grandes pecados, sino que ahora toda la vida es un pecado continuo, monótono, soso y aburrido. No hace falta mi intervención. Para robar a una muchacha o para envenenar a un rival, se me llamaba, y yo acudía. Pero para hacer una hipoteca al quince por ciento no vale la pena de molestarme! Y los pecados de ahora son todos así: pecados correctos, sin estridencia ni imaginación.

—De modo que está usted de vacaciones,

—Casí. Los asuntillos que hay son tan insignificantes, que envió casi siempre a mis lugartenientes: ¿Usted sabe lo difícil que es tentar para un gran pecado—vamos, para una cosa que merezca la pena—a uno de esos niños con «jersey» y pelo rizado? Por más que nos esforzamos, no se les ocurre un pensamiento malo. Ni bueno tampoco. Van, vienen, hacen gimnasia sueca, guían el auto, juegan al billar, se duchan, bañan, «firtean», ven pasar a la gente desde el Círculo, y nada más. Mis mejores diablos fracasan con este personal. No es posible infundir una gran pasión en un hombre que acaba de ducharse y hacer gimnasia.

Hubo una larga pausa. Luzbel le daba vueltas al hongo entre las manos. Se veía que había perdido la costumbre

de «estar en sociedad». Buscaba conversación. Al fin, se agarró, como un paleta, al socorrido y eterno tema:

—¡Jel! Por allá abajo hace mucho más calor....

Otra pausa. Chuchi se dispuso o iniciar su asunto:

—Le había llamado a usted para pedirle un consejo.

—¿De qué se trata?

—De que Polito Maqueda, ¿sabe usted?, el muy sinvergüenza, me ha dejado ya plantada tres veces en una semana; y la verdad....

Luzbel había entornado los ojos y recordaba.... Recordaba sus viejos asuntos gloriosos: Fausto y Margarita, don Félix de Montemar, el «burlador de Sevilla». Con nombres nuevos, con léxico distinto, en el fondo, todo era lo mismo: amor, celos. Lo de siempre. Luzbel repasó en su memoria enmohecida las recetas de su vieja ciencia. Empezó solemnemente:

—Hija mía, para atraer a un enamorado olvidadizo, nada más recomendable, según se lee en un libro de don Enrique de Villena, que darle a beber un cocimiento de raíces de madrágoras, hojas de rosas, gotas de limón, unas raspaduras de corteza de cidra...

—¿Un «cok-tail»?

—No, hija, un bebedizo.

Chuchi torció el gesto.

—Me parece que no me ha entendido usted bien. Los bebedizos que en otros tiempos suministraban las damas a sus galantes, tengo entendido que eran para encender en ellos pasiones volcánicas y conseguir que las quisiesen una burrada.

—¿Una qué?

—Una burrada. Vamos: que se volvieran locos por ellas. Pero yo no aspiro a eso. No hay nada más asfixiante que un marido demasiado enamorado. Yo quiero una cosa discreta, una cosa «bien». ¿Usted comprende?

—A medias. Porque, vamos a ver: ¿Vd. siente amor por ese señor Polito?

—Yo siento que me da mucha rabia que me deje plantada en el «tennis» y que no venga enseguida, el muy cochino, a darme una explicación. Y, vamos, que quiero que se case conmigo, aunque no sea más que por darle en la cabeza a Melita Casares. Esto es lo que yo siento. Creo que esto antiguamente se llamaba amor, ¿no?

—Sí, amor propio.

—Pero lo que ocurre es que el muy fresco de Polito no hace más que darme largas y plantones, y no habla de nada serio. Y esto no lo consiento yo, ¡porque se van casando todas mis amigas! Además, esta vida de soltera es aburridísima, ¡no tiene una libertad para nada! Claro es que yo comprendo lo que le ocurre: tiene miedo a decidirse. ¡Está todo tan caro! Aunque se conforme una con lo indispensable: dos automóviles, tres trajes de noche, un abrigo de pieles, un hotelito en Zaráuz, ¡lo indispensable! Pero Polito, ni inicia la conversación del «trousseau». El otro día le enseñé en un esca-

parate un abrigo de topo gris estupendo. Bien me lo podía haber regalado. ¡Es tan rico!

—¿Quién, Polito?

—No, el topo gris. Pero nada: ni despegó los labios. ¿Usted que cree que debo hacer?

Luzbel estaba francamente hecho un lío:

—Yo.... la verdad.... es un caso tan nuevo... En fin, yo le diré a usted las recetas que recuerdo de «mis tiempos». Sería bueno que una criada de usted se pusiese de amores con un criado de él. Así podría usted saber sus pasos y un día encontrarse con él de casualidad. Es lo que han hecho siempre las damas honestas y recatadas.

—Pero sigue usted sin entenderme. No se trata de eso. Yo veo a Polito todos los días. El me llama por teléfono para decirme donde va. Y sino me llama, lo llamo yo a él para preguntárselo. Comemos, almorzamos, y tomamos el té juntos casi todos los días. Y algunos días incluso desayunamos juntos. Salimos solos en «auto»; vamos a la sierra juntos....

—Entonces, señorita, comprendo que no se case: ¿para qué?

—Para eso precisamente: para no tener que ir conmigo a todas partes.

—¡Ah, ya!

—No se le ocurre a usted ningún procedimiento?

—¿Y los celos? ¿No ha ensayado usted sonreírle a otro?

—¿Cómo sonreírle? He tenido once novios. Pero esto no le hace impresión. ¡Es tan viejo el procedimiento!

—Pues yo, la verdad....

—He ensayado otros mil procedimientos. Me he hecho amiga del Ministro de la Guerra, para pedirle que destine a Badajoz al teniente Nevares, que es el que juega al billar con Polín todos los días, a las seis, en el Círculo.

—No comprendo.

—Sí; está demostrado que uno de los motivos porque se casan los hombres es porque trasladen a otro sitio a los compañeros de billar del Círculo.

Luzbel se llevó las manos a la cabeza.

—No se me hubiera ocurrido nunca.

—He ensayado también el procedimiento de la «hiperclorhidria».

Luzbel se levantó de su silla.

—¿Cómo?

—Sí; lo convidé todos los días a dos o tres «cok-tails» muy cargados de ginebra y ron. Está demostrado que los hombres no se casan hasta que no empieza a dolerles el estómago.

—Luzbel dió un sa'to.

—¡Señorita!

Y a continuación Chuchi le explicó a Luzbel que empezaba a ensayar todavía dos o tres procedimientos más: el de la «denuncia» (enterarse de alguna fechoría de Polín y amenazarle con denunciarle a la policía) y el del «suicidio» (amenazarle con pegarse un

tiro) y el «infalible» (amenazarle con pegárselo a él). Toda la enorme sabiduría de sus veinte años femeninos del siglo XX brotaba a borbotones de sus labios pintados.

Luzbel, lleno de admiración, la pedía detalles de todo y tomaba notas en un cuadernito. Al fin, se oyó la voz de la doncella que anunciaba que estaba preparado el baño. Entonces Luzbel, sin abrir la puerta, desapareció. Quedó flotando en el aire una nubecilla de humo verdoso.

Desde aquel día, Chuchi Encinares no ha vuelto a llamar a Luzbel. Es Luzbel el que ahora llama a Chuchi cuando tiene un asunto un poco complicado.

José María Pemán

Presencia de Dios en «Bruselas 58»

Del 15 de abril de 1958 al 19 de octubre del mismo año va a tener lugar en Bruselas la Exposición Universal Internacional.

Su importancia es excepcional, porque desde la última Exposición ((Nueva York, 1939) el mundo ha sufrido una transformación radical, impresionante, en todos los aspectos.

La Exposición, levantada en la misma ciudad de Bruselas, ocupará unas 200 hectáreas y albergará los pabellones de 42 naciones y de 7 colectividades internacionales, tales como la ONU, la UNESCO, la Cruz Roja Internacional, etc.

Se calcula que acudirán a visitar la Exposición, durante los seis meses de su existencia, más de 30 millones de visitantes, con un promedio de unas 120.000 personas por día y de 700.000 en los días de máxima afluencia.

«Bruselas 58» será más que un simple inventario fructuoso de las realizaciones del siglo. Será un gigantesco informe a favor del Hombre. En una ocasión tan señalada, y en un terreno tan vasto cada pueblo presentará su concepción propia de la felicidad y de los medios que estime adecuados para conseguirla. Son palabras con las que ha definido el tema u objetivo de la Exposición el Comercio General del Gobierno belga, Barón Moens de Fernig.

Se trata, por tanto, de hacer un balance del mundo para llegar a un mundo más humano. En Bruselas han de confluír individuos de todas las razas y pueblos del mundo para agudizar la conciencia de su destino común y para descubrir la necesidad de una solidaridad efectiva a fin de que el milagro del siglo sea salvar el espíritu.

Dios no puede estar ausente

La Iglesia Católica, que es la presencia visible del Dios verdadero sobre la tierra, no puede estar ausente de las manifestaciones sociales, ya que ninguna esfera o actividad de la Iglesia puede estar lejos del hombre.

Por primera vez en la historia de las Ex-

posiciones Universales Dios va a estar expuesto, si vale la expresión, en «Bruselas 58». El «stand» de Dios va a ser la «Ciudad de Dios» o pabellón de la Santa Sede.

La Santa Sede es jurídicamente un Estado más en el concierto de los Estados del mundo, y por tanto tiene derecho a concurrir a la Exposición de Bruselas. Pero el Vaticano es un Estado de una estructura original, ya que espiritualmente tiene súbditos en el mundo entero: son los fieles católicos. A la vista del tema excepcional de la Exposición de Bruselas, la Santa Sede va a participar en ella con la mirada puesta en el hombre, mostrando a los visitantes la realidad viva de la Iglesia a fin de colaborar a la gran solidaridad humana, promoviendo el acercamiento de todos los pueblos y preocupándose por el florecimiento de un auténtico humanismo.

Cómo será la «Ciudad de Dios»

La «Ciudad de Dios» va a ser un símbolo de la unidad y de la universalidad de la Iglesia Católica. A lo largo de las diversas secciones, el Pabellón de la Santa Sede desarrolla toda la Teología Católica encauzándola por el tema general de la Exposición al servicio del hombre.

Consta de 7 secciones: 1) El Pontificado; 2) La cristianización del mundo a través de la historia (atribuido a España con el concurso de Portugal, América, Filipinas e Indonesia); 3) La Iglesia y la Educación; 4) La Iglesia y las Artes; 5) La Acción Social de la Iglesia; 6) Los medios modernos de comunicación al servicio de la Iglesia; 7) La Iglesia y la Familia.

La «Ciudad de Dios» con todos sus edificios ha de alzarse dignamente junto a los pabellones de otros países, que acuden a la Exposición de Bruselas. La «Ciudad de Dios» ha de alzarse con la ayuda material de los católicos del mundo entero.

Nuestra ayuda económica será necesaria porque con ella, como católicos, no vamos a contribuir a que un Estado exhiba ante millones de visitantes su cultura, sus máquinas, sus inventos, su poderío industrial o económico, sino que vamos a contribuir a la revelación del Dios verdadero por medio de Jesucristo y de su Iglesia. Esta limosna que nos pide el Papa es una limosna misionera porque gracias a ella millones de hombres ateos, indiferentes, hermanos separados, paganos, podrán conocer el sentido verdadero del hombre y la clave de la auténtica felicidad, que es la fe en el Dios verdadero.

Por nuestra colaboración a la próxima colecta que se celebrará el día 19 de enero próximo en todas las Iglesias de España, más de un visitante de la Exposición de Bruselas puede salir del recinto con los ojos iluminados por una luz nueva clamando: «He visto a la Iglesia».

(P. A.)

ANHELOS

¡Qué envidia me dan las aves
que con sus plumas suaves
se remontan hasta el cielo!
Yo quiero emprender el vuelo,
y ver lo que el cielo encierra,
pero fracasa mi celo
y estoy pegado a la tierra.

¡Quita a mis alas, Señor,
el peso de esta cadena
de miseria y de dolor!
Que si Tú alivias mi pena,
podré remontar el vuelo,
y elevarme triunfalmente
hasta tu trono en el cielo,
y olvidándome del suelo
adorarte eternamente ...

Hermenegildo Rodríguez

CONSIDERACIONES SOBRE LA DOCTRINA DEL EVANGELIO

Una nueva etapa de la vida de la Humanidad, comenzaba.

Jesús de Nazaret, recorría los caminos de Palestina enseñando la nueva doctrina que Dios dictaba a los hombres. Es la doctrina del amor y de la caridad. Sus normas prevalecerán para futuras generaciones. Las aberraciones humanas, puestas al desnudo, habrán de ser desechadas, y la vida habrá de discurrir por los cauces que señala la nueva ley de Dios, y que Cristo presentará a los hombres, ofreciéndoles su vida y su muerte, para la redención de todo el género humano.

Han pasado varios siglos y aún se escuchan como un eco muy cercano, las Bienaventuranzas del sermón de la montaña, que nos llaman con el amor extraordinario de un padre.

Escuchemos la voz del Maestro que aún llega a nosotros como angustiada llamada.

Ciegos y sordos hemos de ser, sino comprendemos el gran favor de Dios al ofrecernos, en su gran misericordia y amor con los brazos abiertos, siempre, la paz y la felicidad.

La ley católica, observada por todos, produce como consecuencia la paz y el amor.

Suaviza las relaciones entre los hombres, aleja el odio de los corazones, pone buena fe en las intenciones propias y ajenas, busca en la caridad el afecto del prójimo, mitiga las miserias de la humanidad, hace fácil el bien, alegra los corazones, consigue que la familia, el estado, las naciones, vivan entre sí con cariño de hermanos, buscándose la mutua felicidad.

El error ajeno, es interpretado como tal error, y la buena voluntad lo rectifica. La ofensa no existe, pues no puede haber ofensa si no hubo intención de ofender.

Y la humanidad, afanosamente, trabajaría por la felicidad de todos, mejorando un estado de vida general, y gozándose en lograr nuevos descubrimientos para la felicidad del género humano.

Mucha es la responsabilidad de los jefes de los pueblos, si al dictar sus leyes, no hacen que éstas estén destinadas a la felicidad de sus súbditos y en sus relaciones internacionales, no procuran llevar el amor y la buena fe en todos sus actos. Mucho se habrá adelantado en el camino de la paz mundial, cuando los hombres que rigen los pueblos estén influenciados por la doctrina de Cristo. Entonces ...

Apartarse de los caminos señalados por Dios, es llevar ruta equivocada que conduce a fines desastrosos. La humanidad ha de cambiar esa ruta, dando un cambio radical a sus leyes, a sus procedimientos, a su modo de entender la vida, si no quiere que una catástrofe haga volver al hombre, después de otra guerra, a la vida primitiva, de una nueva edad de piedra, para comenzar de nuevo la humanidad otra historia, otra época, y otra edad, por haberse destruido unos a otros.

Hoy es tiempo. Un mundo mejor puede ser organizado. Escucha la voz del gran apóstol de este siglo, Pío XII, que clama al mundo por la paz y la concordia entre los pueblos.

¿Será su voz, la voz que grita en el desierto?

Y el amor puede ser el código que gobierne a los pueblos.

R.

LOURDES

Como un contraste con el materialismo de la vida humana, que apasiona a los hombres y a los pueblos, brilla en la historia del mundo, en este año de 1958, como una gran luz, como faro revelador del verdadero puerto, la llamada, aparentemente sencilla, pero llena de la vitalidad de los acontecimientos trascendentales, el hecho milagroso del centenario de las apariciones de la Inmaculada Concepción, a una humilde niña de catorce años, en un rincón hasta entonces desconocido para el mundo.

Siempre la mano de Dios, rodeada de la sencillez y de la humildad, como dando a los hombres una eterna lección.

Desde el nacimiento del Nazaret, hasta las apariciones de su Inmaculada Madre, la Virgen María, Dios insiste en presentarse rodeado de sencillez, de humildad, y ante el pobre y sencillo de corazón.

La humanidad no quiere comprender la mano de Dios en estas manifestaciones y sigue los derroteros del error que llevan al mundo por caminos equivocados.

Meditemos ante los acontecimientos de Lourdes, en este centenario que celebramos.

«Religión y Patria»

Periódico de
propaganda católica

Espanoles ilustres

ISAAC PERAL

Nació en Cartagena en 1851
Murió en Berlín en 1895

Isaac Peral o la constancia.

Fué marino, hijo de Marino y profesor de la Academia de Marina. Había viajado a Cuba y Filipinas, y como su preocupación era la navegación, ideó la construcción de un submarino torpedero.

La idea era genial: hacer posible la navegación submarina, tal como hoy la tenemos. Y esto se le ocurrió a Peral hace más de medio siglo.

El experto marino venía trabajando calladamente en su invento, y, cuando ya lo tuvo resuelto, tampoco dijo una palabra a nadie. Pero he aquí que surgió un conflicto con motivo de las islas Canarias, y entonces, por razones de patriotismo más que personales, dió cuenta de su invento al Ministerio de Marina, quien inmediatamente designó una Junta técnica para que diese parecer acerca del caso.

Peral explicó los principios científicos en que se basaba la construcción del sub-

marino, presentó los planos, demostró la posibilidad teórica de su invento, y la Junta técnica tuvo que rendirse a la evidencia: el submarino de Peral era posible en teoría. Había que verlo en la práctica, y entonces se autorizó la construcción del submarino, en el arsenal de La Carraca, provincia de Cádiz.

Todo se llevó a cabo bajo la dirección del mismo Peral. El guiaba la construcción, ordenaba el montaje de las piezas y el submarino quedó terminado el año 1887. Sin embargo no se botó al agua hasta el año siguiente, porque Isaac Peral, que sabía lo impresionable que es el pueblo español, temió que una ligera falla determinase una decepción general. Lo revisó cuidadosamente, y en 1888 se empezaron a hacer las pruebas.

Estas fueron admirables. El aparato navegó a varias profundidades, incluso de 10 metros, y a diversas velocidades; descendió, flotó, giró a satisfacción, y el año 1890 se declaró que la prueba efectuada fué perfecta y completa.

Entonces Peral solicitó la construcción de otros aparatos; pero las autoridades de entonces ni los construyeron ni se acordaron más del submarino de Isaac Peral. Este se movió cuanto pudo; insistió, suplicó y no consiguió que le hicieran caso.

Entonces varias casas extranjeras quisieron comprarle el invento, pero Peral se negó, pues dijo que no le interesaba el negocio, sino servir a su Patria.

Y así acabó la historia del submarino torpedero. Luego lo inventaron otras naciones, cuando a España le debió haber cabido ese honor.

Peral fué a Berlín, para que le hicieran una operación quirúrgica, y en Berlín falleció.

Antigua Funeraria

— DE —

Feliciano Rodríguez

(Fundada en 1884)

La más antigua de la provincia

Moros, 40 Telf. 17-20

GIJON

JOYERIA-PLATERIA-RELOJERIA

Vda. de Melchor Osorio

Relojes, joyas y artículos
para regalo.

Moros' núm. 13 GIJON Teléfono 3382

VINOS PARA MISA

y selectos para mesa

AGUSTIN SERRANO

COSECHERO

MANZANARES

Proveedor del S. Vaticano

ALMACENES LA SIRENA

J. A. M. S. A.

PAÑERÍA - SEDERÍA - LANERÍA

CONFECCIONES - ALGODONES

Corrida, 81 GIJON Moros, 56

Orbués

Materiales de CONSTRUCCION

Planchas ACANALADAS

de CUBRICION

CARBONES

Covadonga, 27 Teléfono 1817

La

Caja de Ahorros de Asturias

Destina sus utilidades INTEGRAMENTE a la constitución de sólidos Fondos de Reserva, para garantía de sus imponentes y a obra benéfica-social, preferentemente al sostenimiento del preventivo anti-tuberculoso de altura, gratuito para cien niños asturianos.

CASA INFANTIL COVADONGA

Pola de Gordón (León)